

contemporánea del campesino y compara esas imágenes con las versiones de la historia rural actual. Finalmente, explica las causas de la idea forjada entre 1850 y 1950 acerca del carácter peculiar del "habitante" canadiense convertido en mito. Entretanto, Martín Lienhardt evalúa el peso de los factores irreductibles de la negritud en el Caribe y en el Brasil sobre la eclosión de movimientos insurreccionales a finales del siglo XIX. El autor encuentra que otros factores repercuten tanto o más que las identidades étnicas, a saber, el diverso origen de los integrantes, su variada trayectoria e inserción económico-social, así como sus diferentes adhesiones político ideológicas.

El fecundo apartado reservado a las letras coloniales de la América Central depara aproximaciones a los procesos culturales y a los escritores. Se analiza el circuito de producción, publicación y distribución de libros en el istmo. Albino Chacón muestra el lugar de la crónica como portadora de las disputas epocales, así como de las versiones e invenciones históricas. Se destacan las crónicas de religiosos franciscanos y dominicos, como Antonio de Remesal, Francisco Vázquez y Francisco Jiménez y la labor de conservación documental realizada por los conventos. Se establece la diferencia entre las primeras relaciones del Descubrimiento y la Conquista respecto a las subsiguientes, de carácter intertextual y reelaborador de los tópicos iniciales. Se presenta asimismo, la crónica como un caso de la anclaridad y la mezcla genérica típicas de la escritura colonial. Importante es el señalamiento de que muchos manuscritos coloniales esperan todavía publicación. Ligia Bolaños se refiere a los mecanismos de circulación del texto eclesiástico y sus repercusiones en el imaginario dieciochesco, a partir de una investigación de archivo.

El criollismo ístmico se esclarece en la obra literaria clave de autores representativos. Así, Francisco Rodríguez, destaca la perspectiva

contradictoria sobre el ladino en la *Recordación Florida* (1680-1699) de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán. El ladino parece "un sujeto extraño que no tiene lugar ni tierra de origen, el ambiguo, el "otro" que se puede convertir en peligro desestabilizador..." (305), pero es también visto productivo y honesto. Igualmente, Catherine Poupeney Hart comenta el americanismo presente en la *Historia natural del Reino de Guatemala* (1781-1782) de Francisco Jiménez. Dos ensayos acerca de las letras ilustradas en el istmo centroamericano cierran el libro: Francisco Albizúrez Palma se ocupa de la *Rusticatio Mexicana* (1680-1699), escrita por Rafael Landívar, así como de la fábula más larga de la literatura universal, *La tentativa del león y el éxito de su empresa* de Fray Matías de Córdoba. Finalmente, Lucrecia Méndez estudia el poema landivariano como expresión de su perspectiva criolla elitista.

El carácter comprensivo de *El discurso colonial: construcción de una diferencia americana* permite al lector acercarse a las múltiples tensiones culturales, a las fluidas mezclas y a los intensos procesos de diferenciación propios de la época colonial americana.

Seidy Araya

Universidad Nacional de Costa Rica

**Christian Fernández. *Inca Garcilaso: Imaginación, memoria e identidad*. Lima: Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2004.**

El libro de Christian Fernández es ante todo un ensayo sobre el proceso de formación de la identidad de El Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616). A través de sus cuatro capítulos y ciento sesenta páginas, este estudio interdisciplinario logra un objetivo doble. Por un lado infiere cuatro problemas aún irresueltos por el abundante aparato crítico. Por otro lado hace cuatro propues-

tas novedosas sobre el proceso de formación híbrido-cultural del autor. La primera propuesta ofrece un enfoque tipológico: ¿A qué género pertenecen realmente los *Comentarios reales* de Garcilaso? La segunda es biográfico-onomástica: ¿Por qué ocurrió, y qué importancia tuvo, la triple mudanza de nombre a lo largo de su vida? La tercera es iconográfica: ¿Qué representa, y qué trascendencia tiene, el escudo de armas creado por el autor? La última es historiográfica: ¿De dónde proviene, y qué implicaciones memorísticas tiene, el molde de escritura histórica que escoge Garcilaso?

En su primer capítulo titulado "El concepto de comentario en los *Comentarios reales*", Fernández hace un repaso exhaustivo del estado de la cuestión sobre el por qué del uso garcilasiano de este género discursivo, haciendo con ello balance de los estudios críticos que han tratado de clasificar la obra del Inca. Ofrece además una novedosa interpretación atipológica apoyada en el eclecticismo y versatilidad del autor, quien parece haber aprovechado múltiples tipos de comentarios, siguiéndolos todos y ninguno, para crear su propio modelo. Tradicionalmente se había asumido que el género escogido emulaba al de Julio César (100-44 a. C.) en sus *Commentarii rerum gestarum*, porque Garcilaso había sido admirador del César abiertamente. Fernández repasa a continuación los estudios de Raúl Porras Barrenechea (*El Inca Garcilaso de la Vega*, 1946), José Durand ("El nombre de los *Comentarios reales*" 1963), Margarita Zamora (*Language, Authority, and Indigenous History in the Comentarios reales de los Incas* 1988) y Roberto González Echevarría (*Myth and Archive* 1990) que tomaron dicha analogía de una manera simplista. Si para el historiador peruano Porras Barrenechea, la elección del género se debió a la modestia y timidez étnica del autor que le condicionó a cultivar el menor de los géneros de la escritura histórica, para Fernández esta con-

dición mestiza no fue detrimento, sino aliciente, en su inspiración. Al revisar la interpretación de Durand, cuyo estudio filológico-comparativo sugirió paralelismos entre la obra del Inca y los comentarios de textos bíblicos hispano-renacentistas, Fernández descubre dos limitaciones. La primera es la base comparativa de Durand, la segunda el uso excesivo de fuentes secundarias que hace el crítico. Partiendo también de una interpretación filológica, Margarita Zamora propone que así como detrás del comentario humanista europeo existe un texto clásico en griego o latín del que se hace glosa, detrás de los *Comentarios* del Inca tuvo que haber un equivalente clásico-andino: un "master text" oral en quechua. Debido al carácter volátil de todo texto oral, de su pertinaz resistencia a ser texto fijo, Fernández descarta también la propuesta de Zamora. Difiere también de la lectura filológica de González Echevarría, quien emparentó el comentario de Garcilaso con el arte notarial (al estilo "relación" del explorador/conquistador) por el mero hecho biográfico de que el autor hubiera reclamado mercedes de la Corona española.

Fernández concluye que la crítica no ha captado lo heterogéneo del género de comentario que ocupa al Inca. Además de comentarios históricos o filológicos, puntualiza, existieron muchos otros tipos de comentarios en la Edad Media y el Renacimiento, incluidos los difundidos oralmente en las aulas para explicar los textos del canon académico, o para publicar (a partir de 1470) las investigaciones del profesorado. En *De ratione dicendi* (1532), Juan Luis Vives aludía al comentario en su carácter explicatorio de los textos "obscuros" del canon, propósito que no pudo haber sido el de Garcilaso. La intención del autor, explica Fernández, tuvo mayor trascendencia que la simple aclaración de los pasajes complicados de un master text. Su discurso estaba dirigido a un lector más sofisticado, iniciado ya en la lectura

interpretativa. El modelo más cercano al practicado por Garcilaso es, aclara Fernández, el de San Jerónimo (340-420 d. C.) En su *Contra Rufinus*, San Jerónimo aboga por el comentario que expone diversas opiniones, permitiendo así que el lector escoja libremente entre ellas. Dicho modelo ofrecía además la ventaja de no comprometer directamente al comentarista, atributo que aprovecharon ambos autores en sus delicadas coyunturas políticas. Al género utilizado por San Jerónimo, Fernández resume que Garcilaso añade atributos que apropia de múltiples tipos de comentarios que no excluyen al cultivado por Julio César. El género de comentario que utiliza el Inca carecía pues de humildad, y no estaba dirigido al lector pasivo en espera de glosas aclaratorias: se trataba de juiciosa historia, destinada al lector prudente y lúcido.

En el capítulo II, "Nombre, firma y biografía del Inca Garcilaso", Fernández expone el proceso de formación de "identidad conflictiva" del autor, manifiesto "a través de los constantes cambios de nombre (en) una incansable búsqueda de identidad" (59). Producto de dos mundos, el andino materno en que se crió, y el europeo, paterno y renacentista en el que maduró y escribió, los nombres adoptados por Garcilaso son intelección del mestizaje en forma autobiográfica. Dicho mestizaje onomástico cobra mayor sentido al descubrir un proceso paralelo en su obra como escritor. Aunque el autor no expresa la razón de dichos cambios, Fernández sospecha que parece guiarse por dos obsesiones constantes. La primera no es la de honrar al célebre poeta y pariente toledano Garcilaso de la Vega (como sostiene Avalle-Arce), sino la defensa del honor de su padre el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas, quien supuestamente participara en la batalla de Huarina a favor del rebelde bando pizarrista. La segunda es su fascinación personal por los nombres y linajes, instrumento sin duda para

afirmar su identidad. Ambos legados culturales, andino y europeo, sirven para explicar la adopción simbólica de sus nombres: Gómez Suárez de Figueroa hasta los veinticuatro años de edad, Gómez Suárez de la Vega por muy breve tiempo en 1563, Garcilaso de la Vega el mismo año, Capitán Garcilaso de la Vega tras su participación en la batalla de las Alpujarras en 1570, y El Inca Garcilaso de la Vega entre 1590 y su muerte en 1616. Fernández se apoya en diversas fuentes primarias para explicar costumbres y usos de la onomástica en ambas culturas. Para explicar el primer cambio usa la gramática quechua de Fray Domingo de Santo Tomás, quien alude a la costumbre andina de mudar el nombre alrededor de los veinte años de edad, momento crucial porque coincide con la partida (sin retorno) del autor a España. Un dato fundamental que apunta Fernández, y que subraya la identidad dual del mestizo peruano, es que firmara como Garcilaso de la Vega en su vida privada, y que usara la firma que anteponía el apelativo andino para su vida pública. Reivindicar su mestizaje públicamente en una sociedad que, como en la española, el apodo "indio" ha hecho referencia a un tipo de enajenado social, es un acto que no pasa desapercibido: "Con su nombre y con la estructura de su obra El Inca Garcilaso de la Vega nos está gritando la condición de su ser mestizo" (Fernández 88).

El capítulo III, o "Mito y memoria simbólica: Hermenéutica e iconografía en los *Comentarios reales*", hace un análisis detallado del escudo de armas que inventa Garcilaso para sintetizar en la imagen lo que su nombre consigue en la palabra. El interés del análisis de Fernández va más allá de la mera ilustración de la hibridación cultural andino-española. Mediante el estudio detallado del símbolo de la serpiente (o amaru), entronca la iconografía personal y andina del autor con la iconografía clásica y universal, al tiempo que identifica a Garcilaso

contra el virrey Francisco de Toledo, quien mandó ejecutar al último Inca Túpac Amaru en la plaza del Cuzco en 1572. A pesar de su naturaleza diabólica en la iconografía cristiano-medieval (aplicada por los agustinos para prohibir su representación en el Perú), la serpiente recupera en el Renacimiento su sentido benefactor al asociarla con la divinidad clásica Mercurio, símbolo de la prudencia y la elocuencia, cualidades que el autor asocia a su obra mediante este escudo que la prelude.

En el capítulo IV, titulado "La textualización de la memoria andina en los *Comentarios reales*", se discute el sentido histórico del libro de Garcilaso a través de un análisis de la labor memorística del autor en su doble vertiente cultural: la andina y la renacentista. Manifestación del quehacer híbrido del autor, este mestizaje historiográfico es otro ejemplo de su búsqueda permanente de identidad. Fernández se apoya en estudios sobre la función de la memoria individual/ autobiográfica, y la colectiva, en la reconstrucción histórica en general (Jacques Le Goff, Nathan Wachtel, Daniel Thelen y Patrick Hutton), además del trabajo de especialistas del ámbito andino sobre los mecanismos histórico-memorísticos en dicho ámbito. Los *Comentarios* habían sido tachados de "novela utópica como la de Tomás Moro" (136) por el historiador español Menéndez Pelayo, y su fiabilidad histórica la han puesto en entredicho historiadores más recientes (María Rostorowski entre otros). Al recordarnos que el problema no es histórico en un sentido empírico/ veraz de la moderna disciplina histórica, sino historiográfico, Fernández sugiere la banalidad y el anacronismo de dichos juicios contra la historicidad del libro del Inca.

En suma, el trabajo de Fernández constituye no sólo una revisión exhaustiva del estado de la cuestión en torno a esta obra canónica sobre la que ya existen estudios innumerables, sino que aporta una lectura

fresca y original basada en un riguroso manejo de fuentes primarias, secundarias y teóricas. Reseñado recientemente por expertos en el campo (véase el trabajo de José Antonio Mazzotti de septiembre del 2004 en la revista *Identidades*), el libro de Christian Fernández se recomienda tanto para el uso docente universitario como para la investigación de la obra del Inca Garcilaso.

Oscar Barrau  
Indiana University, South Bend

**Victorien Lavou Zoungbo y Mara Viveros Vigoya (Eds.), *Mots pour Negres, Maux de Noir(e)s. Enjeux socio-symboliques de la nomination des Noir(e)s en Amérique Latine*, Crilaup, Presses Universitaires de Perpignan, 2004, 413 pp.**

El lector encuentra en esta propuesta, desde su misma titulación, un texto desafiante, provocador y pleno de cuestionamientos a los estatutos de poder ejercidos por el colonialismo en América Latina, específicamente a los que afectaron desde los tiempos iniciales a los esclavos llamados por ese mismo estatuto, "negros". Las colaboraciones acá reunidas se nuclean alrededor de una cuestión de singular importancia para la comprensión de la situación colonial desde la perspectiva de la esclavitud con vigencia hasta el presente: las variadas y degradantes denominaciones que les fueran impuestas y que terminaron siendo asumidas por los mismos adjudicatarios. Como afirma V. Levou, "il est cependant paradoxal, à première vue, de constater que des groupes sociaux se reconnaissent ou s'autodéfinissent encore aujourd'hui comme Noirs ou Indiens en Amérique Latine" (64).

Para efectuar los señalamientos que se proponen, los editores solicitaron la colaboración de investigadores de distintos países latinoamericanos y de otros especialistas per-